



# Romance de aquel hijo

Hubiera podido ser  
hermoso como un jacinto,  
con tus ojos y tu boca  
y tu piel color de trigo;  
pero con un corazón  
grande y loco como el mío.

Hubiera podido ir,  
las tardes y los domingos,  
de mi mano y de la tuya,  
con su traje de marino,  
luciendo un ancla en el brazo  
y en la gorra un nombre antiguo.

Hubiera salido a ti  
en lo dulce y en lo vivo  
en lo abierto de la risa  
y en lo claro de instinto;  
y a mi, tal vez, me saliese  
en lo triste y en lo lírico  
y en esa torpe manera  
de verlo todo distinto.

¡Ay, qué cuarto de juguetes,  
amor, hubiera tenido!...  
Tres caballos, dos espadas,  
un carro verde de pino,  
un tren con siete estaciones,  
un barco, un pájaro, un nido...  
y cien soldados de plomo,  
de plata y oro vestidos.

¡Ay, qué cuarto de juguetes,  
amor, hubiera tenido!...

¿Te acuerdas, aquella tarde,  
bajo el verde de los pinos,  
que me dijiste: -¡Qué gloria  
cuando tengamos un hijo!  
Y temblaba tu cintura  
como un palomo cautivo,  
y nueve lunas de sombra  
brillaban en tu delirio.

Yo te escuchaba lejano  
entre mis versos, perdido;

pero sentí por mi espalda  
subir un escalofrío,  
y repetí como un eco:  
-¡Cuando tengamos un hijo!...

Tú, entre sueños, ya cantabas  
nanas de sierra y tomillo,  
e ibas lavando pañales  
por las orillas de un río.

Yo, arquitecto de ilusiones,  
sostenía el equilibrio  
de una torre de esperanzas  
con un balcón de suspiros.

¡Ay, qué gloria, amor, qué gloria  
cuando tengamos un hijo!...

En tu cómoda de cedro,  
nuestro ajuar se quedó frío,  
entre alhucema y manzana,  
entre romero y membrillo.  
¡Qué pálidos los encajes!  
¡Qué sin gracia los vestidos!  
¡Qué sin olor los pañuelos  
y qué sin sangre el cariñol

Tu velo blanco de novia  
-por tu olvido y por mi olvido-  
fue un camino de Santiago  
doloroso y amarillo.  
Tú te has casado con otro;  
yo con otra he hecho lo mismo...

Juramentos y palabras  
están secos y marchitos  
en un antiguo almanaque  
sin sábados ni domingos.

Ahora, bajas al paseo  
rodeada de tus hijos,  
dando el brazo a... la levita  
que se pone tu marido.  
Te llaman... ¡doña Manuela!  
usas guantes y abanico,  
y tres papadas te cortan  
en la garganta el suspiro.

Nos saludamos de lejos  
como dos desconocidos;  
tu marido baja y sube  
la chistera; yo me inclino,  
y tú sonríes sin gana  
de un modo triste y ridículo.

Pero yo no me hago cargo  
de que hemos envejecido,  
porque te sigo queriendo  
igual o más que al principio,  
y te veo como entonces,  
con tu cintura de lirio,  
con un jazmín en los dientes  
y la color como el trigo  
y aquella voz que decía:

- ¡Cuando tengamos un hijo!...

Y en estas tardes de lluvia,  
cuando mueves los visillos  
y yo paso por la calle  
con mi pena y con mi libro,  
dices, con miedo, entre sombras,  
amparada en el visillo:  
-¡Ay, si yo con ese hombre hubiese  
tenido un hijo!...

-RAFAEL • LEÓN-

